

828  
BS.

Pa 1997

.66

S6

v.3

1791-97



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO P. YES"  
FONDO SALVADOR TOSCANO

EN LA IMPRENTA DE LA VIUDA E HIJO DE ...  
AÑO DE ...

AVENTURAS  
DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO SEPTIMO.

CAPITULO PRIMERO.

*De los amores de Gil Blas y la señora Lorenza Sefora.*

Fuí, pues, á Xelva, y llevé al buen Samuel Simon los tres mil ducados que le habíamos robado. Confieso francamente que tuve en el camino mis tentaciones de quedarme con ellos para dar con tan buenos auspicios principio á mi mayordomia: podia hacerlo impunemente: bastaba viajar cinco ó seis dias, y volver como si hubiera cumplido con mi comision; Don Alfonso y su padre nunca hubieran sospechado de mi fidelidad. Sin embargo, no caí en la tentacion, y puedo decir que la vencí como hombre de honor, lo que no es poco loable en un mozo que se habia acompañado con grandes pícaros. Yo aseguro que muchos de los que solo tratan con hombres de bien son en este punto ménos escrupulosos; díganlo los depositarios, que sin peligro de perder su reputacion pueden apropiarse lo que se les ha confiado.

TOMO III. A He-

2 *Las Aventuras de Gil Blas.*

Hecha la restitución, que no esperaba el mercader, volví á la casa de Leiva, en donde ya no estaba el Conde de Polan, que con Julia y Don Fernando habian partido para Toledo. Hallé á mi nuevo amo mas prendado que nunca de su Serafina, á ésta cada dia mas enamorada de su esposo, y á Don Cesar contentísimo de poseer á ámbos. Me dediqué á ganar la voluntad de este padre amable, y lo conseguí. Me hicieron mayordomo de la casa; todo corría por mi mano, recibía el dinero de los arrendadores, gastaba y tenía una autoridad despótica sobre los criados; pero léxos de imitar la conducta ordinaria de los de mi empleo, nunca abusé de mi poder, ni despedía á los que me disgustaban, ni exígia de los demas una entera subordinacion: si acudian á Don Cesar ó á su hijo pidiendo alguna gracia, léxos de oponer estorbos hablaba en su favor. Por otra parte la estimacion que continuamente me mostraban mis amos avivaba mi zelo por su servicio, sin atender á otra cosa que á lo que podía interesarles. Administré con manos muy limpias, y fuí un mayordomo de los pocos.

Quando estaba mas contento con mi estado, el amor envidioso de lo bien que me trataba la fortuna, quiso que á él tambien tuviese que agradecerle, y para esto encendió en el corazon de la señora Lorenza Sefora, criada primera de Serafina, una violenta inclinacion al señor mayordomo. Si he de hablar con la fidelidad de his-

*Lib. VI. Cap. I.* 3

historiador, mi enamorada rayaba ya en los cinquenta, pero la frescura de su rostro agradable y dos hermosos ojos de que sabia servirse con destreza podian hacer pasar por afortunada mi conquista. La hubiera yo deseado un poco de mas color, porque estaba muy pálida; pero eché la culpa de esto á la austeridad del celibato.

Usó por mucho tiempo del atractivo de sus miradas cariñosas; mas yo en lugar de corresponder á ellas aparentaba no percibir sus designios: me tuvo por novato en el amor, y no le pareció mal mi cortedad. Juzgó era inútil el lenguaje de los ojos con un muchacho á quien creía menos instruido de lo que estaba; y así en nuestra primera conversacion se declaró en términos formales á fin de que no lo dudase. Ella se manejó como muger práctica, hizo como que se turbaba, y despues de haberme dicho á su satisfaccion quanto quiso, se cubrió la cara para persuadirme que se avergonzaba de haberme manifestado su flaqueza. Fué preciso rendirme: me mostré muy sensible á sus cariños, no tanto por amor, como por vanidad; hice del apasionado, y aun afecté estrecharla tanto, que se vió precisada á reñirme; pero lo hizo con tanta blandura que quando me encargaba procurase contenerme, no parecia disgustada de mi atrevimiento. Hubiera llegado á mas el caso si Sefora no hubiera temido que hiciese mal juicio de su virtud concediéndome tan facilmente la victoria. De esta suerte nos

4 *Las Aventuras de Gil Blas.*

separamos hasta otra conferencia: Sefora persuadida de que su aparente resistencia la haria pasar en mi opinion por una Vestal, y yo con la dulce esperanza de acabar bien presto esta aventura.

Tal era el feliz estado de mis negocios quando un lacayo de Don Cesar vino á turbar mi contento con una mala nueva. Era éste uno de aquellos criados que se dedican á saber quanto pasa en el interior de las casas. Como continuamente me hacia la corte, y todos los dias me traia alguna noticia, me dixo una mañana que acababa de hacer un gracioso descubrimiento que me manifestaria en satisfaccion, pero con la condicion de guardarle el secreto por ser cosa de la dama Lorenza Sefora, cuyo encono temia. La curiosidad en que me puso era demasiada para dexar de ofrecerle todo sigilo; procuré no manifestar que en ello tenia el mas ligero interes, preguntándole con frialdad qué descubrimiento era aquel del qual me hablaba con tanto misterio. Es, me dixo, que la señora Lorenza introduce secretamente en su quarto todas las noches al cirujano del lugar, que es un mozo bien plantado, y el bellaco se está bien reposado con ella. Doy de barato, prosiguió con un tono maligno, que esta accion sea inocentísima, pero Vmd. confesará que un mozo que entra misteriosamente en el quarto de una doncella da ocasion para que no se juzgue bien de su conducta.

Esta noticia me desazonó tanto como si estu-

*Lib. VII. Cap. I.*

5

tuviera enamorado de veras; procuré ocultar mi confusion, y aun me esforcé hasta celebrar con risa una nueva que me pasaba el alma; pero luego que estuve solo me desquité echando mil bravatas, juré, y me puse á discurrir el partido que podria tomar. Ya despreciaba á Lorenza, y la abandonaba sin dignarme oir sus descargos; ya creyendo era punto mio escarmantar al cirujano, pensaba desafiarle. Prevaleció esta última resolucion. Púsemme en emboscada al anochecer, y en efecto le ví entrar en el quarto de mi dueña con un modo sospechoso. Solo esto faltaba para encender mi furor, que acaso sin este incidente se hubiera mitigado. Salí de la casa y me aposté junto al camino por donde el galan debia retirarse. Le esperaba á pie firme, y cada momento irritaba otro tanto el deseo que tenia de llegar á las manos. En fin, se dexó ver mi enemigo, le salí al encuentro con un ayre de maton, pero yo no sé como diablos sucedió que me hallé repentinamente sobreco-gido de un terror pánico como un heroe de Homero, parado en medio de mi camino, y tan turbado como París quando se presentó para combatir con Menelao. Me puse á mirar mi hombre, que me pareció robusto y vigoroso, y su espada desmesuradamente larga. Todo ello hacia en mí su efecto; pero fuese por vanidad ó por otro motivo, aunque estaba viendo el peligro con unos ojos que lo hacian todavia mas grande, á pesar de mi miedo que me apretaba para que me

6 *Las Aventuras de Gil Blas.*

me volviere, tuve aliento para desenvaynar mi tizona y avanzarme hácia el cirujano. Sorprendióle mi accion. ¿Qué es esto, señor Gil Blas, gritó? ¿Qué significa este aparato! Vmd. sin duda quiere burlarse. No, señor barbero, le respondí, no, no me burlo. Veremos si es Vmd. tan valiente como galan. No crea Vmd. le he de dexar gozar tranquilamente las finezas de la dama que acaba de ver en casa. ¡Por vida de San Cosme, exclamó el cirujano con una gran carcajada, que es un buen chasco! ¡Las apariencias, vive Dios, son engañosas! Por estas palabras presumí que tenia tanta gana de quimera como yo, lo que me hizo mas atrevido é insolente. A otro perro con ese hueso, repliqué yo, á otro con esa, amigo mio; no soy yo hombre á quien satisface la simple negativa. Ya considero, replicó, que me será preciso hablar claro para precaver la desgracia que nos puede suceder á ámbos. Voy, pues, á revelaros un secreto, no obstante que los de nuestra profesion no son muy callados. Si la dama Lorenza me introduce á la sordina en su aposento es porque los criados no sepan su enfermedad. Todas las noches voy á curarla un cáncer inveterado que tiene en las espaldas. Vea Vmd. el motivo de las visitas que tanto le inquietan. Tranquilícese Vmd. en adelante sobre este particular; pero si Vmd. prosiguió, no está satisfecho con esta declaracion, y quiere absolutamente que peleemos, dígalos, y manos á la

*Lib. VII. Cap. I.* 7

la obra, pues no soy yo hombre que le huiré el cuerpo. Habiendo dicho estas palabras sacó su montante cuya vista me hizo temblar, y se puso en defensa con un ayre que nada bueno me prometia. Basta, le dixé, retirando mi espada, yo no soy de aquellos brutales que no escuchan la razon. Por lo que Vmd. me ha dicho conozco que no es mi enemigo; abracémos. Por mis palabras conoció que yo no era tan malo como le parecí al principio: envaynó con risa su espada, me abrazó, y nos separamos los mas amigos del mundo.

Desde este momento Sefora se presentaba á mi imaginacion como la cosa mas desagradable. Evité todas las ocasiones que me proporcionaba de hablarla á solas, y mi cuidado y afectacion en huir de ella la hicieron conocer mi disposicion. Asustada de una mudanza tan grande quiso saber la causa, y habiendo encontrado al fin el medio de hablarme á solas me dixo: señor mayordomo, dígame Vmd. si gusta el por qué huye hasta de mis miradas, y por qué en lugar de buscar como otras veces ocasion de hablarme huye tanto de mí. Es verdad que yo he dado los primeros pasos, pero Vmd. me ha correspondido. Acuérdesese, si no lo lleva á mal, de la conversacion que tuvimos solos; entónces era Vmd. todo fuego, y ahora no advierto mas que frialdad. ¿Qué significa esta mudanza? La pregunta era muy delicada para un hombre natural, y á la verdad quedé muy emba-

barazado. No tengo presente lo que la respondí; solamente me acuerdo que la disgustó infinito. Sefora parecia un cordero con su ayre dulce y modesto, pero quando se llenaba de cólera era una tigre. Creía, me dixo, echándome una mirada llena de despecho y rabia; creia honrar mucho á un hombrecillo como él, descubriéndole un afecto que caballeros y personas muy nobles harian mucha vanidad de haber excitado. Me está muy bien empleado por haberme baxado indignamente hasta un miserable aventurero.

Si hubiera parado en esto, hubiera salido yo del paso á poca costa, pero su lengua furiosa me dió cien epitetos á qual peor. Bien conozco que debí recibirlos á sangre fria; y reflexionar que habiendo despreciado el triunfo de una virtud que yo habia tentado, cometia un delito que las mugeres jamas perdonan. Un hombre sensato en mi lugar se hubiera reido de estas injurias; pero yo era muy vivo para sufrirlas, y perdí la paciencia. Señora, la dixé, á nadie despreciemos: si esos caballeros de quienes Vmd. habla la hubiesen visto las espaldas, aseguro que su curiosidad no hubiera pasado á mas. Apenas hube disparado esta saeta quando la furiosa dueña me dió la mas grande bofetada que jamás ha dado muger. Para no recibir otra y evitar la granizada de golpes que hubieran caido sobre mí, tomé la puerta con la mayor ligereza. Dí mil gracias al cielo al verme fuera de este mal pa-

paso, imaginando que nada tenia que temer pues que la dama se habia vengado. Me parecia que por su propia vergüenza debia callar esta aventura. En efecto, pasaron quince dias sin saber de ella. Yo mismo principiaba á olvidarla quando supe que estaba mala; confieso que tuve la flaqueza de afligirme; me dió lástima, imaginando que esta desgraciada amante no pudiendo vencer un amor tan mal pagado se habria rendido á su dolor. Me consideraba la principal causa de su enfermedad, y ya que no podia amarla, á lo menos la compadecia. ¡Pero quanto me engañaba! Su ternura mudada en aborrecimiento no pensaba mas que en mi ruina.

Estando una mañana con Don Alfonso noté que estaba triste y pensativo: preguntéle con respeto qué tenia: tengo pesadumbre, me dixo, al ver á Serafina tan débil, ingrata, é injusta: tú te espantas, añadió observando mi sorpresa; pues es muy cierto lo que te digo. No sé por qué motivo te has hecho tan odioso á Lorenza su criada, que dice es infalible su muerte si no sales prontamente de casa. Como Serafina te ama, no debes dudar habrá resistido á los impulsos de este odio, en los cuales no puede condescender sin ser ingrata é injusta; pero al fin es muger, y ama tiernamente á Sefora que la ha criado. La quiere como si fuera su madre, y se creeria causa de su muerte si no la daba gusto. Por lo que hace á mí, aunque quiero tanto á Serafina, no pienso del mismo modo, y no

consentiré te apartes de mí, aunque hubieran de perecer todas las dueñas de España: pues te miro no como á criado, sino como hermano.

Luego que acabó de hablar Don Alfonso, le dixé: señor, he nacido para juguete de la fortuna. Pensaba que cesaria de perseguirme en vuestra casa, en dondè todo me ofrecia una vida feliz y tranquila; pero al fin me es preciso dexarla, aunque con ella dexé mi mayor gusto. No, no, exclamó el generoso hijo de Don Cesar. Déxame, yo convenceré á Serafina: no se ha de decir que te hemos sacrificado al capricho de una dueña; demasiado gusto la damos en otras cosas. Pero, señor, repliqué, irritareis mas á Serafina si la resistis: mas bien quiero retirarme que exponerme, permaneciendo en casa, á ocasionar discordia entre dos esposos tan perfectos: si esta desgracia sucediese, jamás hallaria consuelo. Don Alfonso me prohibió tomar este partido, y le ví tan resuelto, que Lorenza no hubiera logrado su intento, si yo no hubiese permanecido en mi resolucion. Es verdad que picado de la venganza de la dueña tuve mis impulsos de cantar de plano, y descubrirla; pero luego me compadecia considerando que revelando su flaqueza heria mortalmente á una infeliz, de cuya desgracia era yo la causa, y á quien dos males irremediabiles echaban al hoyo. Juzgué, pues, que en conciencia debia restablecer la tranquilidad en la casa retirándome de ella, pues que era un hombre que

que ocasionaba tanto daño. Hícelo asi al dia siguiente antes de amanecer, sin despedirme de mis amos, temiendo que su cariño estorbasse mi partida, y solo dexé en mi quarto una exâcta cuenta de mi administracion.

## CAPITULO II.

*De lo que sucedió á Gil Blas despues que se retiró de la casa de Leiva, y de las felices conseqüencias que tuvo el mal suceso de sus amores.*

Yo tenia un buen caballo, y llevaba en mi maleta doscientos doblones, procedentes la mayor parte de lo que me tocó de los vandeleros que matamos, y de los tres mil ducados que robamos á Samuel Simon, porque Don Alfonso habia restituido generosamente toda la cantidad, cediéndome la parte que me habia tocado. Asi, por esta restitucion miraba mi caudal como legítimamente adquirido, el qual podia gozar sin escrúpulo de conciencia. En una edad como la que yo entónces tenia se confia mucho en el propio mérito; y fuera de esto, con mi dinero nada creia debia temer en adelante.

lante. Por otra parte Toledo me ofrecía un agradable asilo; no dudaba que el Conde de Polan tendría mucho gusto de recibir en su casa á uno de sus libertadores. Pero este recurso debía ser quando todo corriese turbio, y antes quise gastar una parte de mi dinero en correr los Reynos de Murcia y Granada, que deseaba ver. Con este intento tomé el camino de Almansa, de donde prosiguiendo mi viaje fui de pueblo en pueblo hasta la ciudad de Granada, sin que me sucediese contratiempo alguno. Parecía que la fortuna satisfecha ya de tantos chascos como me habia jugado queria en fin dexarme en paz; pero esta traidora me preparaba otros muchos, como se verá en adelante.

Uno de los primeros que encontré en las calles de Granada fue el señor Don Fernando de Leiva, yerno como Don Alfonso del Conde de Polan. Ambos quedamos sorprendidos de vernos en Granada. ¿Qué es esto, Gil Blas, me dixo, tú en Granada? ¿Qué es lo que aquí te trae? Señor, le dixé, si Vmd. se admira de verme en este pais, con mucha mas razon se maravillará quando sepa la causa que me ha obligado á dexar el servicio del señor Don Cesar y su hijo. Seguidamente le conté quanto me habia pasado con Sefora, sin ocultarle nada: rió con toda su fuerza el chasco, y sosegada la risa me dixo seriamente: amigo, yo voy á tomar por mi cuenta este negocio, escribiré á mi cuñada. . . . . No, no señor, interrumpí,

pí, suplico á Vmd. que no la escriba: no he salido de la casa de Leiva para volver á ella. Si Vmd. gusta puede hacer otro uso del favor que le debo: ruego á Vmd. que si alguno de sus amigos necesita un secretario ó un mayordomo, me presente y recomiende: doy á Vmd. palabra que no desmentiré su informe. Con mucho gusto, respondió: mi venida á Granada ha sido para visitar á una tia mia ya vieja que está enferma, y todavia pasarán tres semanas antes que me vuelva á Lorca en donde ha quedado Julia. En esta casa vivo, prosiguió, señalándome una hostería que estaba á cien pasos de nosotros: procura verme pasados algunos dias, quizá te habré ya buscado un acomodo.

Efectivamente en la primera vez que nos vimos me dixo: el señor Arzobispo de Granada, mi pariente y amigo, que es un excelente escritor, necesita un hombre instruido y de buen pulso para poner en limpio sus obras. Ha compuesto, y todos los dias compone homilias, que predica con mucho aplauso. Como te contemplo apropósito para el caso, te he propuesto, y me ha prometido admitirte: vé y presentaté de mi parte; por el modo con que te reciba conocerás el informe que le he dado.

La conveniencia me pareció tal como la podía desear; y así habiéndome preparado lo mejor que pude fui una mañana á presentarme á este Prelado. Si yo hubiera de imitar á los que

escriben novelas haria una descripcion pomposa del Palacio Episcopal de Granada, me extenderia sobre la estructura del edificio, celebraria la riqueza de sus muebles, hablaría de sus estatuas y pinturas, y no perdonaria al lector la menor de todas las historias que en ellas se representan; pero me contentaré con decir que iguala en magnificencia al Palacio de nuestros Reyes.

Ví en las antecámaras una muchedumbre de Eclesiásticos y seculares, la mayor parte familiares de su S. Illma. limosneros, gentiles-hombres, escuderos ó ayudas de cámara. Las libreas de los lacayos eran muy ricas, tanto que mas parecian señores que criados; se mostraban altivos, y hacian el papel de hombres de consecuencia: al ver su afectacion no pude menos de reirme y burlarme de ellos. Par diez, decia á mi sayo, estas gentes tienen el privilegio de no sentir el yugo de la servidumbre: porque al fin si lo sintieran me parece deberian ostentar menos altanería. Acerquéme á un personage grave y gordo que estaba á la puerta del gabinete del Arzobispo para abrir y cerrar. Le pregunté con mucha cortesia si podria hablar á S. Illma. Espérese Vmd. me dixo secamente, que S. Illma. sale para oír misa; y al paso podrá escucharle. No respondí una palabra, me revestí de paciencia, y procuré trabar conversacion con algunos de los sirvientes; pero aquellos señores no se dignaron

ron contestarme, y se entretuvieron en registrar-me de pies á cabeza. Despues se miraron unos á otros, burlándose con sonrisa y orgullo de la libertad que habia tenido de mezclarme en su conversacion.

Confieso que me aturdí al verme tratado así por unos lacayos. Todavía no habia vuelto de mi confusion quando se abrió la puerta del gabinete y salió el Arzobispo. Inmediatamente quedó todo en un profundo silencio. Estos soberbios domésticos dexaron sus modos insolentes, y se mostraron con un ayre respetuoso delante de su amo. Tendria el Prelado unos sesenta y nueve años, del cuerpo y traza casi de mi tio Gil Perez el Canónigo, es decir, que era pequeño y grueso, patistebado, y tan calvo, que solo tenia algunos cabellos hácia el cogote; por lo qual llevaba embutida la cabeza en una papalina que le tapaba las orejas. Con todo, le noté un ayre de caballero, sin duda porque sabia que lo era. La gente ordinaria miramos á los grandes con una cierta prevencion que por lo comun les presta un señorío que la naturaleza les ha negado. Luego que me vió el Arzobispo se vino á mí, y me preguntó con mucha dulzura qué se me ofrecia. Le dixé era el recomendado del señor Don Fernando de Leiva. ¡ Ah! exclamó, ¿eres tú el que me ha alabado tanto? Ya estás recibido: me alegro de tan buen hallazgo, quédate desde luego en casa. Diciendo estas palabras se apoyó sobre dos

escuderos, y habiendo oido á algunos Eclesiásticos que llegaron á hablarle, salió de la sala. Apenas estaba fuera quando se vinieron á mí para saludarme los mismos que poco antes habian despreciado mi conversacion: me rodean, me agasajan, y testifican la mayor alegría de verme comensal del Arzobispo. Habian oido lo que me habia dicho su amo, y deseaban con ansia saber qué empleo debia tener cerca de S. Illma.; pero para vengarme del desprecio que me habian hecho, tuve la malicia de no satisfacer su curiosidad.

No tardó mucho S. Illma., y me hizo entrar en su gabinete para hablarme á solas. Yo pensé bien era su intencion tantee mis talentos, por lo que me atrincheré y preparé para medir todas mis palabras. Principió con algunas preguntas sobre humanidades. Tuve la fortuna de no responder mal, y hacerle ver que conocia suficientemente á los autores Griegos y Latinos. Tocó despues en la dialéctica, y justamente aquí era en donde yo le esperaba. Encontróme bien aferrado: se conoce, me dixo como admirado, que has tenido muy buena educacion. Veamos ahora tu letra. Saqué de mi bolsillo una muestra que habia llevado expresamente para este caso, la que no desagradó á mi Prelado. Me alegró de que tengas tan buena mano, exclainó, y todavia mas de que tengas tan buenos talentos. Yo daré las gracias á mi sobrino Don Fernando porque me ha proporcionado

na-

nado un familiar tan útil. A la verdad me ha hecho un buen regalo.

Interrumpió nuestra conversacion la llegada de algunos caballeros Granadinos que debian acompañar á S. Illma. en la mesa. Dexélos, y me retiré con los familiares, que me colmaron de cumplimientos y obsequios. Comí con ellos, y si mientras la comida procuraron observar mis movimientos, yo no exâminé menos los suyos. ¡Qué modestia no aparentaban los eclesiásticos! los tuve por unos santos; tanto era el respeto que me habia infundido el Palacio Arzobispal; no me pasó por la imaginacion que aquello podia ser gazmoña, como si fuera imposible que la falsedad se hallase en la casa de los Príncipes de la Iglesia.

Me tocó sentarme al lado de un viejo ayuda de Cámara llamado Melchor de la Ronda, que tuvo el cuidado de hacerme buenos platos. Viendo su atencion procuré yo tenérsela, y mi política le agradó mucho. Señor caballero, me dixo en voz baxa luego que acabamos de comer, quisiera hablar con Vmd. á solas, y diciendo esto me llevó á un sitio de Palacio en donde nadie podia oirnos, y allí me tuvo este discurso: hijo mio, desde el instante que te ví te tuve inclinacion, de cuya verdad voy á darte una prueba, confiándote un secreto que te será de gran utilidad. Estás en una casa en donde se confunden los verdaderos y los falsos devotos. Para conocer el terreno necesitabas infi-

TOMO

C

ni-

nito tiempo; voy á excusarte un estudio tan largo y desagradable, descubriéndote los caracteres de los unos y de los otros, lo que podrá servirte de gobierno.

No será malo, prosiguió, dar principio por S. Illma. Es un Prelado muy piadoso, continuamente ocupado en edificar al pueblo, y en dirigirle á la virtud con excelentes sermones morales que él mismo compone. Es un sabio y un grande orador: veinte años hace que dexó la Corte para dedicarse enteramente á la conducta de su rebaño. Tiene su manía en predicar, y el pueblo le oye con gusto y aplauso. Tendrá en esto su poco de vanidad; pero ni á los hombres toca el penetrar los corazones, ni parecerá bien que me ponga á escudriñar los defectos de quien como el pan. Si se me permitiera reprehender alguna cosa en mi amo, vituperaría su severidad; porque castiga con demasiado rigor las flaquezas de los eclesiásticos, quando debiera mirarlos con piedad. Sobre todo, persigue sin misericordia á los que confiando en su inocencia piensan justificarse jurídicamente, desatendiendo su autoridad. Tiene tambien una falta que es comun á muchas personas grandes: ama á sus criados, pero atiende poco á sus servicios; los dexará envejecerse en su casa sin pensar en su acomodo; si alguna vez los gratifica es porque hay quien tiene la bondad de hablar por ellos; por lo que hace á S. Illma. jamas se acordará de hacerles bien.

Es-

Esto me dixo de su amo, y siguió dándome cuenta del carácter de los eclesiásticos con quienes habiamos comido: me los retrató muy al contrario de lo que se mostraban: es verdad que no me dixo eran gentes infames, pero sí malos Sacerdotes. No obstante exceptuó á algunos cuya virtud alabó. Con esta leccion no dudé cómo debia portarme con estos señores, y en la misma noche cenando me revestí como ellos de un exterior modesto. No es de admirar se hallen tantos hipócritas, pues nada cuesta el serlo.

## CAPITULO III.

*Gil Blas, Privado del Arzobispo, y dispensador de sus gracias.*

Mientras la siesta saqué de la posada mi maleta y caballo, y volví á cenar á Palacio, en donde me pusieron un quarto decente con muy buena cama. El dia siguiente me hizo llamar S. Illma. bien de mañana para darme á copiar una homilia: me encargó mucho lo hiciera con toda la exâctitud posible, lo que executé sin olvidar acento, punto, ni coma, lo que llenó de gusto y de admiracion al Prelado. Luego que recorrió todas las hojas exclamó arrebatado. ¡Eterno Dios! ¡Puede darse copia mas correcta! Para no ser gramático eres muy buen copista. Háblame con satisfaccion, amigo mio, ¿has